

VIVIR LA EUCARISTÍA QUE NOS MANDÓ CELEBRAR EL SEÑOR (IV)

(La Eucaristía, acción de gracias)

PEDRO FARNÉS

Según los relatos del Nuevo Testamento el Señor en la Cena, después de tomar el pan y el cáliz, *dio gracias*, es decir, recitó la bendición o *berakhá*, que acostumbran los judíos en sus cenas rituales. Esta acción de gracias o bendición –los relatos bíblicos usan tanto de la palabra *bendijo* como de la expresión *dio gracias* porque son dos expresiones sinónimas– es, pues, otra de las acciones centrales de la misa, una de las acciones que nos viene del mismo Señor, uno de los gestos que forman parte de la misma esencia de la misa –de la *joya* que nos entregó Jesús– y que, por tanto, nunca ni en ningún rito puede faltar y al que debe dársele consiguientemente la máxima expresividad y realce. De esta *Acción de gracias o Bendición* vamos a tratar en este artículo.

1. Dos maneras diversas de contemplar la Eucaristía

Para comprender mejor lo que quiso mandarnos el Señor cuando en la Cena, ordenó repetir su acción de *dar gracias* será sin duda clarificante repasar cómo la Iglesia, a través de los siglos, ha comprendido y vivido este mandato de su Señor. Esta acción de gracias que Jesús ordenó a los suyos la Iglesia la hizo con gran fuerza en determinadas épocas, en otras con menos realce y no faltaron tiempos en que la recubrió incluso con añadiduras menos importantes e incluso menos fieles a la acción que el Señor le encomendó repetir (Cf. Sacr. Conc., 21).

Si repasamos la historia de cómo se ha celebrado e interpretado la misa

a través de los siglos en líneas generales podemos decir que la Iglesia ha vivido la Eucaristía con dos acentos bastante distintos: en el primer milenio—o quizá mejor desde los inicios del cristianismo hasta comienzos del s. XII— la Eucaristía se vivió primordialmente como *obediencia al mandato del Señor*; toda la intensidad estribaba en *hacer lo mismo que hizo el Señor*¹. San Justino (+ 163)—el más antiguo escritor extrabíblico que describe la celebración eucarística— presenta la celebración como *obediencia al mandato* de imitar lo que *hizo* el Señor en la Cena. En el diálogo con el judío Trifón afirma que los cristianos han aprendido de Jesús a ofrecer la Eucaristía; que es él mismo quien nos ha transmitido el precepto de ofrecerla, que la Eucaristía es la *acción de gracias* que hizo Jesús y que nosotros hacemos en la conmemoración del pan y del vino que él nos ordenó y que es el único sacrificio agradable a Dios².

Lo mismo hallamos en la carta 63 de S. Cipriano (+ 258) *Sobre el sacramento del cáliz del Señor*, el único escrito antenicano que trata exclusivamente de la Eucaristía; el método que usa este autor para exponer el sacramento del altar es radicalmente tipológico: lo que *hizo* el Señor en la Cena es para él la norma absoluta de lo que es la Eucaristía, de lo que la Iglesia debe *imitar* en sus celebraciones. Este concepto de la Eucaristía es por lo demás común a toda la época patristica.

A partir, en cambio, de la teología medieval el trasfondo y el subrayado con el que se contempla y se vive la Eucaristía cambia radicalmente. El interés ya no se centra en las *acciones del Señor* en la Cena sino más bien en la recta doctrina enseñada por la Iglesia —o por los teólogos— sobre lo *que contiene el sacramento*, es decir, sobre lo que debe creerse acerca de lo que es la Eucaristía ya confeccionada por el ministro. La misma palabra *eucaristía* no designa ya la *acción de gracias* que nos mandó realizar el

1 Muchas expresiones de las antiguas liturgias que perviven en la liturgia actual conservan aún este trasfondo de la época antigua. En el embolismo propio para el Jueves Santo del Canon Romano, por ejemplo, se alude a la Eucaristía como a las *tradita mysteria celebranda* (los sacramentos que nos entregó el Señor; la versión española del inciso no tiene la misma fuerza significativa del texto original; dice simplemente “encomendó a sus discípulos *la celebración del sacramento*”).

2 n. 117; RUIZ BUENO, *Padres Apologistas Griegos*, Madrid, BAC 116, pág. 505.

Señor sino más bien el pan y el vino consagrados, el sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor. S. Isidoro de Sevilla (+ 636) interpreta ya el vocablo *eucaristía* no como *acción de gracias* sino como *buen don* (*bona gratia*)³ y su definición, aceptada como testimonio de la máxima autoridad, se va repitiendo durante toda la Edad Media El mismo Tomás de Aquino repite esta interpretación del vocablo *eucaristía* de Isidoro y funda toda su teología eucarística sobre la explicación de la palabra que da san Isidoro⁴; y la autoridad teológica del santo influye de modo decisivo en toda la Edad Media y continúa influyendo aún en nuestro tiempo⁵.

2. Algunas consecuencias espirituales de estas dos maneras de contemplar la Eucaristía

Si aquí hemos hecho referencia a estas dos formas de contemplar la Eucaristía no ha sido como simple nota de erudición sino porque mirar la Eucaristía de una u otra forma tiene importantes resonancias en la manera de vivir el sacramento y en el conjunto de la vida espiritual de los fieles. Si se mira la Eucaristía como *obediencia al mandato recibido del Señor*, todas y cada una de las acciones que él realizó resultan importantes, todas invitan a la plegaria contemplativa, todas son partes integrantes del Sacramento. Dar gracias, tomar el pan, romperlo y distribuirlo, tomar la copa, comer la carne y beber la sangre del Señor, todo ello resulta importante. Los fieles en este supuesto se reúnen fundamentalmente para *obedecer el mandato del Señor*, hacer nuevamente presente *las acciones y gestos* que él realizó en la Cena y participar en todos estos gestos y acciones. Si por el contrario se adoptan las maneras de ver la Eucaristía

3 *Etimologías*, VI, 19, 38, Madrid, BAC, 433, pág. 614.

4 *Summa theologiae*, III, q. 73, a. 4.

5 En nuestros días el Vaticano II y la teología –e incluso el lenguaje habitual– hay un verdadero retorno a las fuentes y se tiende a devolver al término *eucaristía* su significado, si no aún siempre de *acción de gracias* sí por lo menos de *acción* o de *celebración*. A este respecto es interesante notar que el término *eucaristía* en los documentos conciliares figura 43 veces y de ellas 40 se refieren a la celebración (antes del Concilio se hubiera hablado de *misa*) y sólo 3 a la Reserva eucarística.

de los teólogos medievales la cosa cambia: es el sacerdote quien *confecciona el sacramento* repitiendo simplemente *algunas de las palabras* del Señor (las que se afirma son la *forma del sacramento*, las llamadas *palabras de la consagración*) para que así los fieles puedan *recibir* el sacramento confeccionado previamente por el sacerdote.

Hay que admitir que esta visión medieval que cristaliza en los escritos de Santo Tomás de Aquino, a través de ellos sobre todo, influyó en toda la teología y la piedad eucarística posterior y continúa teniendo gran eco en nuestros días. Según santo Tomás de Aquino la Eucaristía no es fundamentalmente la celebración de la asamblea de los fieles que, presidida por el ministro que representa Cristo, obedece el mandato del Señor y repite *todas sus acciones* sino la acción del sacerdote que, en virtud del poder que ha recibido en la ordenación, actúa en nombre de Cristo⁶. La realidad del sacramento está centrada, pues, únicamente en las palabras de la consagración⁷ y en el poder que el sacerdote ha recibido en la ordenación⁸. El papel de los laicos en este contexto se limita a *recibir* el sacramento previamente confeccionado por el sacerdote y a adorar a Cristo realmente presente en el mismo⁹.

Para esta manera de concebir la Eucaristía, fuera de las *palabras de la consagración*, las restantes fórmulas y gestos de la Cena –entre ellos el *dar gracias*– no tienen ningún valor y sólo se añadieron para fomentar la devoción del pueblo y su preparación a la comunión¹⁰. El Canon Romano –la única anáfora usada en tiempo de Santo Tomás en el rito romano– es un simple marco de las palabras de la consagración y no tiene ningún valor teológico. Estamos pues en un contexto muy diverso, casi diametralmente opuesto, a la manera como se expresa, por ejemplo, un san Juan Crisóstomo:

6 *Summa theologiae* III, q. 82, a. 1.

7 Id. III, q. 78, a. 2-3.

8 Id.

9 Nada extraño, por ello, que precisamente en este tiempo nazca el rito añadido de la elevación (Cf. Liturgia y Espiritualidad 29 [1998] 319).

10 *Summa theologiae*, III, q. 83, a. 4.

Antes de dar su Cuerpo a los discípulos el Señor *dio gracias* para que también nosotros *diéramos gracias*. *Dio gracias* y cantó un himno para que también nosotros hiciéramos lo mismo¹¹.

O un san Isidoro:

El sacrificio que los cristianos ofrecen a Dios fue instituido por nuestro Señor Jesucristo cuando confió a los apóstoles su Cuerpo y su Sangre antes de ser entregado, como se lee en el evangelio: "Jesús, dice, tomó el pan y el cáliz y, bendiciendo a Dios, se los dio". Es precisamente ésto *lo que también hacemos nosotros*¹².

3. La Acción de gracias, elemento constitutivo de la Eucaristía

Que la Misa sea un *sacrificio de acción de gracias* es no sólo una verdad comunmente admitida sino incluso una verdad de fe definida por el Magisterio. El tridentino, en efecto, definió que la misa es un verdadero sacrificio que tiene cuatro fines: latréutico, propiciatorio, impetratorio y *eucarístico*¹³. Pero de aquí a que la Acción de gracias sea una de las realidades fundamentales de la misa, que la Eucaristía sea en sí misma Acción de gracias, tanto por lo menos como Sacrificio, hay un abismo.

El simple hecho de que la teología común haya enumerado y alineado la Acción de gracias con los otros fines de la misa puede quitar a la Acción de gracias el relieve que objetivamente tiene en sí misma como una de las acciones que realizó el Señor. En este contexto, y dado que la definición tridentina ha tenido y tiene aún gran resonancia, hay que evitar un equívoco: que un aserto sea dogma significa simplemente que es verdad, que negarlo sería herejía, pero no dice nada, en cambio, sobre la importancia de la verdad definida. Esta distinción entre *cierto e importante* tiene especial aplicación en nuestro caso. Afirmar como verdad absoluta los cuatro fines de la misa no significa en manera alguna que estos cuatro

11 Homilía 82, *Sobre la traición de Judas*; Homilía sobre S. Mateo 26, 26 (citadas por E. Mazza, *L'istituzione dell'Eucaristia*, en Rivista liturgica).

12 *De ecclesiasticis officiis*, lib. 1, cap. 18.

13 Conc. Trid. Sess. 22, cap. 2 (D. 940).

fines sean ni toda la verdad eucarística, ni los aspectos principales de esta verdad, ni que los cuatro aspectos definidos sean de importancia parecida.

Recientemente el Magisterio de la Iglesia en la Instrucción *Eucharisticum Mysterium* (1967) ha explicado con gran claridad la *multiplicidad* de aspectos, a veces poco subrayados, de la Eucaristía y ha animado a progresar en el conocimiento más pleno de las diversas facetas de la misma. He aquí algunas de sus afirmaciones:

En estos últimos tiempos, en muchas partes de la Iglesia se reflexiona *con mayor dedicación sobre algunos aspectos* de la doctrina eucarística y, con la colaboración de múltiples trabajos e iniciativas *sobre todo en el campo de la liturgia y de la biblia*, se proponen a la piedad de los fieles... Conviene, pues, que el sacramento eucarístico sea considerado *en su totalidad bajo todos sus diversos aspectos...* y que el conocimiento de la mutua relación que existe objetivamente *entre los diversos aspectos de este sacramento* se fomente en la vida y en el espíritu de los fieles¹⁴.

La Instrucción pasa a enumerar a continuación algunos de estos aspectos de la Eucaristía: la Eucaristía, se dice, es *sacrificio* en el que se actualiza el sacrificio de la cruz, es *memorial* de la muerte y resurrección del Señor, es *banquete sagrado* en el que se preanuncia el banquete escatológico, es *acción de gracias* contemplativa de las maravillas realizadas por Dios... En esta descripción no se niegan evidentemente los cuatro fines del sacrificio que definió Trento pero ciertamente el ámbito y la visión son mucho más amplias.

Por lo que se refiere en concreto a la *acción de gracias*, que la teología postridentina había reducido a un simple matiz del sacrificio, actualmente se coloca en un contexto bastante más *autonómico* y más fiel al contenido de la Revelación. La acción de gracias en la Eucaristía es ciertamente tan central como lo puede ser la misma realidad del sacrificio. En los relatos del Nuevo Testamento, en efecto, y en las antiguas fuentes cristianas la Eucaristía aparece como acción de gracias mucho más explícitamente que como sacrificio. Que el Señor en la Cena *diera gracias, bendijera a Dios* y mandara a los suyos repetir estas mismas acciones queda mucho más claro que sus gestos y palabras constituyeran un verdadero sacrificio que los suyos debieran a su vez ofrecer.

14 *Eucharisticum Mysterium*, 2, (PARDO, *Enchiridion* 430).

4. La Eucaristía primordialmente como acción de gracias en el Nuevo Testamento

Esta fácil recepción de la Eucaristía como Acción de gracias –más que como sacrificio– por parte de los primeros discípulos judeo-cristianos es fácil de comprender. El grupo de los doce estaban habituados a recitar en las cenas rituales la bendición sobre el pan y sobre la copa; así hizo también Jesús en la víspera de la pasión. La bendición o acción de gracias sobre la copa, que se hacía al final de la cena, era más amplia y acostumbraba a incluir diversos embolismos o motivaciones particulares de la bendición a Dios en las mayores solemnidades del año litúrgico judío. En la Cena de la víspera de la pasión se comprende que Jesús incluyera sin duda en su Acción de gracias la alusión al Misterio Pascual que iba a tener lugar poco después. En este marco de Acción de gracias –el *Birkat-ha-mazón* judío– en el que se incluyen alusiones al año litúrgico, la memoria de la cercana muerte y resurrección de Jesús era del todo natural; así nació pues la Eucaristía cristiana.

Los apóstoles, pues, que por una parte habían oído que Jesús tomando el pan había bendecido a Dios y en el momento de la copa –la copa de bendición– le había *dado gracias* aludiendo a su triunfo cercano y por otra habían recibido el mandato de repetir lo que el Señor había hecho, recibieron la Eucaristía primordialmente como Acción de gracias y, obedeciendo el mandato recibido, fueron fieles a repetir la Eucaristía como Acción de gracias en el mismo contexto que habían visto en su Maestro. Es así, pues, como, apenas nacida la Iglesia, empezaron a celebrar la Eucaristía sobre todo como acción de gracias. En la más antigua narración bíblica sobre la misa –la que se contiene en la primera carta a los Corintios– San Pablo la describe con estas palabras:

El Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, *pronunciando la acción de gracias*, lo partió y dijo: esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced *esto* en memoria mía. Lo mismo hizo con el cáliz.

Los sinópticos por su parte presentan de la misma forma y con el mismo trasfondo primordialmente de Acción de gracias la Eucaristía de Jesús en la última Cena.

5. La Eucaristía como Acción de gracias en las primeras comunidades

Si de la literatura bíblica pasamos a los más antiguos testimonios de la misa nos encontramos con el mismo telón de fondo: la misa aparece siempre sobre todo como repetición de la acción de gracias de Jesús en la Cena. Citemos, por ejemplo la más antigua descripción post bíblica de la misa, la de San Justino (+ 163) en su Apología dedicada al emperador romano Marco Antonino Pío:

El que preside a los hermanos, recibidos el pan y el cáliz del vino y agua, *tributa alabanzas y gloria* al Padre del universo por el nombre de su Hijo y por el Espíritu Santo y pronuncia una larga *acción de gracias*, por habernos concedido los dones que de él nos vienen. Y cuando el presidente ha terminado las oraciones y la *acción de gracias*, todo el pueblo presente aclama diciendo: Amén... Y una vez que el presidente *ha dado gracias* y aclamado todo el pueblo, los que entre nosotros se llaman diáconos dan a cada uno de los asistentes parte del pan y del vino y del agua sobre que se dijo la *acción de gracias* y lo llevan a los ausentes.¹⁵

Y en otro lugar de la misma Apología:

Terminadas las preces se presentan pan y vino y agua y el que preside, según sus fuerzas, hace igualmente subir a Dios sus preces y *acciones de gracia* y todo el pueblo exclama diciendo amén. Luego viene la distribución y participación, que se hace a cada uno, de los alimentos consagrados por la *acción de gracias*...¹⁶

El mismo san Justino en otro lugar describe la Eucaristía como sacrificio, memorial de la pasión y *acción de gracias* en sentido amplio,¹⁷ es decir, por el conjunto de bienes que hemos recibido y que culminan en el misterio de la muerte y resurrección del Señor:

15 Apología I, 65. RUIZ BUENO, *Padres Apologistas Griegos*, Madrid, 1954, BAC. 116, pág. 256.

16 Id. 67, pág. 258.

17 Este contexto amplio de bendición por el conjunto de maravillas de Dios, que culminará por la muerte y resurrección de Cristo, es común en las antiguas anáforas cristianas. Hoy así se presenta también la Acción de gracias en la anáfora IV.

Cristo nos mandó *ofrecer* (el sacrificio) del pan de la Eucaristía en recuerdo de la pasión (memorial) que él padeció por todos los hombres que purifican sus almas de toda maldad y para que *demostráramos gracias a Dios* por haber creado el mundo y cuanto en él hay por amor al hombre, por habernos a nosotros liberado de la maldad en que nacimos y haber destruido totalmente a los principados y potestades por medio de aquel que según su designio nació pasible (muerte y resurrección de Cristo, culminación de los bienes por los que se *da gracias*)¹⁸.

Orígenes (+ ca. 253) presenta también la Eucaristía fundamentalmente como Acción de gracias. Hablando de la misma en el contexto precisamente de culto y comparando la Eucaristía con los cultos paganos, dice:

Nosotros no somos hombres de corazón desagradecido, no hacemos sacrificios ni damos culto a aquellos seres que, lejos de hacernos beneficios, son más bien nuestros enemigos. En cambio tenemos mostrarnos *desagradecidos a Dios* que nos ha colmado de tantos beneficios, y tenemos además como *expresión de nuestro agradecimiento para con Dios el pan llamado Eucaristía*¹⁹.

Sería largo aducir las anáforas y otros textos litúrgicos antiguos de la celebración eucarística; pero puede afirmarse de forma absoluta que en ellos aparece siempre la celebración de la Cena del Señor fundamentalmente como una acción de gracias y que este matiz se ve como lo fundamental de la celebración. Hay textos en los que apenas aparece el matiz de la celebración como sacrificio, otros en los que incluso no figuran las que hoy llamamos *palabras de la consagración*²⁰ pero nunca falta, en cambio, la explicitación de que los reunidos *dan gracias* como hizo y ordenó el Señor.

18 *Diálogo con Trifón*, 41, 1; RUIZ BUENO, o. c. pág. 369.

19 *Contra Celso*, VIII, 57; RUIZ BUENO, BAC 271, pág. 569.

20 Así, por ejemplo, en la de la *Didajé* (s. II), en la llamada anáfora de *Addai y Mari* (s. III). Que no *aparezcan* hoy en el texto las palabras del Señor no quiere decir con todo que no se dijeran...

6. La Eucaristía como acción de gracias en la liturgia posterior

Es verdad que, pasados los primeros siglos, disminuye algún tanto el matiz de acción de gracias y empiezan a subrayarse más otros matices, especialmente el de ofrenda del sacrificio de la cruz, y aparecen aspectos nuevos, más lejanos a lo que realizó el Señor (como el ofrecimiento previo de los dones, o la adoración de las Especies consagradas). Pero el matiz de acción de gracias continúa siendo una de las notas fundamentales y más importantes de la celebración —¡es un gesto viene del mismo Señor!— y por ello debe conservar o recuperar su primacía.

La Acción de gracias es una de las raíces de la celebración, un gesto que no puede pasar desapercibido, una de las partes de la misa que encontramos siempre tanto en el tiempo (desde la Eucaristía de Jesús hasta nuestros días) como en el espacio (en todas las liturgias de Oriente y Occidente); todos los ritos, en efecto, tanto en Oriente como en Occidente empiezan la liturgia de la Eucaristía con la monición *Demos gracias al Señor, nuestro Dios*. Sólo más tarde se añaden en los diversos ritos otros gestos secundarios, pero el núcleo de la Eucaristía *que nos mandó celebrar el Señor* es siempre y se inicia siempre con la Acción de gracias; lo que antecede es secundario y debe, por tanto, tener un relieve mucho menor. Al vivir y explicar la misa, por ejemplo, la Acción de gracias no puede equipararse con la presentación de los dones o con la oración sobre las ofrendas que precede. A este respecto no debe olvidarse lo que dice el Vaticano II:

La liturgia consta de una parte que es *inmutable, por ser de institución divina*, y de otras partes sujetas a cambio, que en el decurso del tiempo pueden y aún deben variar, si es que en ellas se han introducido *elementos que no responden tan bien a la naturaleza íntima de la misma liturgia* o han llegado a ser menos apropiados²¹.

21 Sac. Conc., 21. *Inmutable y de institución divina* es en nuestro caso la Acción de gracias; muchos otros de los otros ritos, en cambio, han sido introducidos con el correr del tiempo (por ejemplo, la presentación de las ofrendas o el acto penitencial) y consecuentemente se les debe dar mucha menos entidad e importancia.

7. Algunas observaciones sobre la Eucaristía como Acción de gracias en la práctica litúrgica actual

En 1967 la Instrucción *Eucharisticum Mysterium* –la hemos citado más arriba²²– recordaba que en nuestro tiempo se han redescubierto con especial fuerza algunas facetas de la misa algún tanto olvidadas en los últimos siglos; entre las facetas olvidadas está el hecho de que la misa es *acción de gracias y memorial* tanto o más incluso que sacrificio. Esta *recuperación* de valores olvidados puede decirse que objetivamente ha pasado a los ritos que se describen en el misal de Pablo VI, pero quizá no se ha incorporado suficientemente en la práctica litúrgica de cada día.

En efecto, según los gestos *oficiales* tal como los presenta el Misal de Pablo VI, hay que afirmar que la faceta de acción de gracias aparece con bastante fuerza y claridad. Notemos, en primer lugar, el notable aumento de prefacios²³ que incorporan a la Acción de gracias las diversas maravillas que Dios ha realizado sea en la historia santa (prefacios de tiempo) sea en las acciones sacramentales (prefacios de las misas rituales) sea en los del santoral en los que se *proclama el misterio pascual realizado en ellos*²⁴. Además el prefacio, que es el inicio de la anáfora y la parte de la Plegaria eucarística en la que más aparece el matiz de acción de gracias, por el hecho de recitarse ahora toda la anáfora en voz alta²⁵ hace que resulte más fácil verla como acción de gracias en su conjunto.

Otro detalle que facilita la percepción de la misa como acción de gracias son algunas de las rúbricas, aparentemente insignificantes, de la *Institutio* del Misal. Algunas de estas rúbricas manifiestan claramente que la

22 Cf. apartado 3, pág. 443.

23 El matiz de acción de gracias de la misa a través de los prefacios se evidencia con todo únicamente si se da al prefacio el sentido exacto que le corresponde; *prefatio*, en efecto, en el latín original significa *solemne proclamación ante la asamblea*, no como a veces se interpreta, *introducción* (como en el prefacio de los libros).

24 Sac. Conc., 105.

25 Desde la alta Edad Media hasta la reforma del Vaticano II sólo el inicio de la Plegaria eucarística, el prefacio, se recitaba en voz alta; a partir del *Sanctus* el celebrante continuaba la anáfora en voz secreta.

liturgia eucarística empieza propiamente con la acción de gracias del prefacio y que los ritos anteriores son mera preparación. Así los números 49-53 describen el conjunto de oraciones y gestos que se realizan antes del prefacio como simple preparación de los dones. Durante estos ritos los fieles permanecen sentados dando a entender que las acciones que hace el celebrante son muy secundarias (21); el celebrante, por lo menos en principio, recita las respectivas fórmulas en voz secreta²⁶; en otro lugar se dice que, *recitada la oración sobre las ofrendas, todo queda ya preparado para la Plegaria eucarística* (53); se afirma también que con la plegaria eucarística *empieza el centro y culmen de toda la celebración* (54) y que esta plegaria es al mismo tiempo de *acción de gracias y consagración*²⁷, situando con esta expresión la acción de gracias como acción paralela a la misma consagración de los dones. En otro lugar (100-107) el conjunto de gestos y preces que va desde la presentación del pan y del vino hasta la oración sobre las ofrendas se describen también como *preparación* de la Eucaristía y se dice la acción eucarística *empieza* cuando el sacerdote inicia el prefacio.

Otra rúbrica expresiva del subrayado de la acción de gracias: al describir los gestos de los concelebrantes se dice que los ritos de la preparación de las ofrendas los debe hacer únicamente el celebrante principal mientras los demás concelebrantes permanecen en sus puestos sin realizar ningún gesto (167). Sólo terminados los ritos del ofertorio y recitada ya la oración sobre las ofrendas (53) los concelebrantes se acercan al altar cuando se inicia el diálogo del prefacio²⁸.

Todo un conjunto de detalles que, *si se realizan correctamente*, están

26 Excepto la oración sobre las ofrendas y el *orad hermanos*.

27 La última frase es especialmente importante porque presenta la anáfora entera en el mismo nivel como consagración y acción de gracias.

28 Este es un detalle importante que desgraciadamente no siempre se observa. Es frecuente, en efecto, que los concelebrantes vayan ya al altar o durante el ofertorio –para ayudar en la preparación de las ofrendas– o, por lo menos al inicio de la oración sobre las ofrendas. Solo si se acercan al altar *al iniciarse el prefacio* se manifiesta expresivamente que en aquel momento, con la acción de gracias, empieza propiamente la eucaristía.

llamados a expresar que la misa, por ser la repetición de los gestos de la Cena, consiste fundamentalmente en repetir o actualizar aquella misma acción de gracias que el Señor realizó la víspera de su pasión.

Quisiéramos notar aún una importante expresión de la Plegaria eucarística III, mejorada —o hecha más clara si se prefiere— en nuestras versiones castellana y catalana; en esta expresión *la misa como tal es llamada Acción de gracias* como si este fuera su nombre propio (de la misma forma como en otros muchos lugares a la misa se la llama *Sacrificio*). Nos referimos a la expresión de la anámnesis después de la consagración:

Así, pues, Padre,
al celebrar ahora el memorial
de la pasión salvadora de tu Hijo...
te ofrecemos, en esta acción de gracias,
el sacrificio vivo y santo.

Per això, Pare,
celebrant el memorial
de la passió salvadora del vostre Fill...
us oferim, en aquesta acció de gràcies,
el sacrifici sant i vivent²⁹.

8. Vivir la Eucaristía como Acción de gracias-memorial-sacrificio

Los discípulos del Señor que recibieron la eucaristía como mandato de iterar la acción de gracias que hizo Jesús, transmitieron fielmente este matiz a la Iglesia y la Iglesia *recibió* el mandato con fidelidad. Lo hemos comentado ya en los párrafos 3 y 4 de este estudio. Sea que la Eucaristía

29 Hay que reconocer que el texto original latino no es tan claro con referencia a la substantividad de la acción de gracias y admite una versión más débil en que la Acción de gracias aparezca sólo como aposición calificativa: *offerimus tibi, grátias referéntes, hoc sacrificium vivum et sanctum*. En la versión gallega, por el contrario, la realidad de la acción de gracias aparece más débil no sólo comparada con la castellana sino incluso con el original latino: el “*gratias referentes*” pierde incluso el verbo “*referentes*” para convertirse en una expresión adverbial de modo: “Por iso che ofrecemos, *en acción de gracias*, este sacrificio de vida y santidad”.

primitiva derive directamente del rito pascual de la Cena del Señor en la víspera de la pasión sea que en su trasfondo recuerde más bien una las reuniones del Señor con los suyos en torno a la mesa en sus apariciones después de su resurrección, el trasfondo del *birkat-ha-mazón* estaba siempre presente. Ahora bien, el *birkat-ha-mazón* judío está constituido siempre por una bendición a Dios que tiene como motivo principal la acción de gracias por la liberación pascual y por el buen país que Dios había dado a los suyos; pero, en las principales fiestas judías, incluía también un embolismo propio alusivo a la maravilla que se celebra en la respectiva fiesta. Nada, pues, más natural que los discípulos celebraran la Eucaristía como un *Birkat-ha-mazón* cristiano y nada más natural igualmente que en su Acción de gracias incluyeran también el embolismo de la muerte y resurrección de su Señor.

Esta manera de concebir y celebrar la Eucaristía concuerda con las primeras descripciones de la misma —con la más antigua de ellas, por ejemplo, que es la de 1 Cor 9— en la que la Cena del Señor se presenta substancialmente como una *acción de gracias* por las maravillas que Dios ha obrado en favor de su pueblo, la cual incluye un embolismo propio alusivo a lo que tendría lugar en las horas siguientes a la Cena: su muerte y resurrección. Jesús, en efecto, pronuncia una bendición —da gracias— y en el interior de la misma —de su *birkat-ha-mazón*— ubica, como embolismo propio, como maravilla culminante, la alusión al misterio de aquel día memorable: la memoria de su próxima muerte y resurrección. Y es esto mismo lo que quiere que los suyos, de ahora en adelante, repitan: dar gracias y bendecir a Dios haciendo como culminación de esta bendición el memorial de la mayor de las maravillas: su misterio pascual, su muerte y resurrección. Por ello debemos decir que la eucaristía, aunque verdadero sacrificio y verdadero banquete pascual, fundamentalmente es sobre todo una acción de gracias cuyo punto culminante es la proclamación de la muerte y resurrección del Señor. Claramente es esto lo que describe el citado texto de 1 Cor:

El Señor Jesús, la noche que iban a entregarlo tomó pan y pronunciando la *acción de gracias* (*birkat-ha-mazón*) lo partió y dijo: esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros (embolismo propio de la víspera de la pasión). Haced esto en memoria mía (mandato de repetir el *birkat-ha-mazón* con el nuevo embolismo alusivo a su muerte y resurrección). Lo mismo hizo con

la copa después de cenar (*birkat-ha-mazón*) diciendo: esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre (embolismo propio): haced esto cada vez que bebáis, en memoria mía. (Insiste en el mandato de repetir el *birkat-ha-mazón* con el embolismo alusivo a su muerte y resurrección): Por eso, cada vez que comáis de este pan y bebáis de la copa, proclamáis la muerte del Señor (nuevo mandato de repetir *su birkat-ha mazón* o acción de gracias con el embolismo propio alusivo a su muerte y resurrección).

9. Las anáforas cristianas, plegarias de acción de gracias

Con el telón de fondo de obediencia al mandato del Señor que le mandó repetir su bendición, la Iglesia ha celebrado, desde sus orígenes hasta nuestros días, la eucaristía como Acción de gracias. Acción de gracias enriquecida posteriormente con diversos ritos y multiplicidad de oraciones, pero fundamentalmente Acción de gracias, bendición o *birkat-ha-mazón* cristiano. Acción de gracias por las maravillas que obra el Señor a favor de su pueblo y en la que como punto culminante se ubica el memorial de la muerte y resurrección del Señor como primicia de la resurrección y glorificación universal. El telón de fondo y el contenido fundamental de toda anáfora es, pues, la Acción de gracias, realizada, eso sí, con mayor o menor expresividad en las diferentes épocas y en las diversas Plegarias eucarísticas.

Es posible —¿probable incluso?— que la más primitiva eucaristía cristiana consistiera únicamente en una acción de gracias algún tanto común y que terminara con el relato de la consagración como culminación de la bendición a Dios por todas sus maravillas. Posiblemente fue más tarde —aunque muy pronto— que se añadió lo que hoy llamamos anámnesis³⁰, que en el fondo no es sino un desarrollo más amplio de lo que ya se contiene en las palabras de Jesús en el relato de la cena. Dos hechos pensamos podrían confirmar esta hipótesis —hechos que nos parece importante citar porque pueden ayudar a vivir la eucaristía como acción centrada en la *acción de gracias-memorial*. El primero de ellos es que en muchas liturgias el pueblo aclama uno o varios *Amén* después que el

30 “Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo, te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de salvación...”

celebrante ha dicho las palabras de cada una de las consagraciones (o el mandato subsiguiente de repetir la acción del Señor) como si en este momento terminará la bendición o anáfora³¹. El segundo es un interesante texto del *Liber pontificalis*.³² que posiblemente haya pasado desapercibido. En la noticia sobre el Papa Alejandro (+ 115), se dice de él: *hic passionem Domini miscuit in praedicatione sacerdotum, quando missae celebrantur* (“decretó que en la Oración sacerdotal [praedicatione sacerdotum, es decir, la Plegaria eucarística] se añadiera la alusión a la pasión del Señor). ¿Se referirá esta frase a que el autor de esta obra piensa que Alejandro añadió la anámnesis explícita de la muerte y resurrección a la primitiva narración del relato de la cena? Hay motivos para pensar que esta hipótesis tiene por lo menos un fondo de verdad histórica: en el s. VI (cuando se escribió la noticia del papa Alejandro se veía creíble que el recuerdo explícito de la muerte y resurrección no fuera un primitivo sino un añadido posterior a un primitivo texto eucarístico que se limitara al relato de la Cena). La hipótesis puede confirmarse por otro hecho: la anámnesis o recuerdo explícito del misterio pascual que se hace después de la consagración falta en muchas anáforas hispanas y galicanas. En estas dos liturgias figura en cambio con frecuencia una fórmula que bien pudiera ser otro tipo de añadidura, paralela y también posterior al relato de la Cena como los textos de las anámnesis de nuestras liturgias. Estas fórmulas hispanas y galicanas no aluden a la muerte y resurrección sino al mandato de repetir la Acción de gracias que hizo Jesús con el embolismo añadido por el Señor. ¿No será todo ello indicio de que tanto este mandato hispano-galicano como la anámnesis de nuestras liturgias son desarrollos posteriores?³³

31 Cf. los diversos textos del realto de la consagración que aducimos en *Liturgia y Espiritualidad*, 29 (1998) 305-307.

32 L. DUCHESNE, *Le Liber pontificalis*, Tomo 1, pág. 127, París 1981. El *Liber pontificalis* es un antiguo elenco (s. VI) que contiene unas breves noticias sobre las notas más sobresalientes de la vida de los papas.

33 En la liturgia hispana el texto o monición del sacerdote después de la consagración dice: “Cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga glorioso desde el cielo”; el pueblo añade: “Así lo creemos, Señor Jesús”. En muchas de las galicanas al final del relato el celebrante añade:

10. Participar en la Eucaristía con una espiritualidad fiel al mandato del Señor

La finalidad que nos hemos propuesto en esta aportación a la rúbrica *Vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor* ha sido insistir en que la *joya* que entregó Jesús a su Iglesia al darnos la Eucaristía es fundamentalmente una *Acción de gracias*. Posteriormente la Iglesia ha añadido a la anáfora de Acción de gracias otros ritos a manera, decíamos, de estuche para la joya. Y los teólogos se han esforzado también en descubrir otros matices que se contienen también en el don del Señor. En este contexto, como decíamos en el párrafo 2, a partir del s. XII, nació una nueva visión de la Eucaristía centrada más en el contenido del sacramento que en la fidelidad al mandato del Señor³⁴. La vivencia de la Eucaristía según las explicaciones de *los teólogos medievales* pensamos que aún prima en muchos fieles sobre la fidelidad al mandato de Jesús. Con nuestra reflexión hemos querido subrayar que la intención de Jesús, el mandato que él dio en la Cena, fue el de vivir la Eucaristía primordialmente como Acción de gracias. Terminemos, pues, este artículo reflexionando sobre cómo se puede celebrar la Eucaristía con una mayor fidelidad al mandato del Señor.

La liturgia eucarística es fundamentalmente Acción de gracias y ésta se realiza en la anáfora o Plegaria eucarística, que se inicia con el diálogo introductorio al prefacio y en la liturgia romana termina con la doxología y el *Amén* de la asamblea. Participar en la Eucaristía es, pues, principalmente unirse interior y exteriormente (Cf. Sacr. Conc. 2) a Cristo que, presidiendo a sus fieles por medio de su ministro, da gracias al Padre por las maravillas que hace a favor nuestro. La misa –la anáfora más en concreto– tiene ciertamente también otros matices que se añaden a la acción de gracias³⁵ o que la *colorean*, sobre todo la contemplación de las maravillas de Dios por las cuales se da gracias.

“Mandando además y diciendo: cuantas veces hagáis esto, lo haréis en conmemoración mía, proclamaréis mi muerte, anunciaréis mi resurrección, esperaréis mi retorno hasta que de nuevo venga desde el cielo a vosotros”.

34 Cf. pág. 440.

35 Es *verdadero sacrificio* que actualiza el sacrificio de la cruz, es *memorial* de la muerte y resurrección de Cristo, es *banquete profético*, etc. (Cf. *Eucharisticum Mysterium*, Introducción, en el texto citado en el párrafo 3)

La anáfora IV –de estructura oriental– es especialmente clara a este respecto: se empieza dando gracias a Dios por la gloria que tiene en sí mismo; luego –después del Sanctus– se hace un rápido recorrido contemplativo y laudatorio de la historia de la salvación –desde la creación del hombre hasta el punto culminante de la misma, la muerte y resurrección de Cristo; llegados a este punto se invoca al Espíritu para que con su fuerza el celebrante haga presentes y eficaces las palabras de Cristo y se actualice así la mayor de las maravillas de la historia santa por la que venimos dando gracias: Cristo hace realmente presente su tránsito pascual, su Cuerpo entregado, su Sangre vertida para la remisión de los pecados. Luego siguen el recuerdo más explícito de la muerte y resurrección del Señor y algunas peticiones principalmente en vistas a que la historia santa que hemos contemplado y de la que hemos dado gracias, dé fruto en los que participarán de los dones *sobre los cuales ha recaído la acción de gracias*³⁶

El mismo significado tienen las restantes anáforas: se inicia con un párrafo claramente eucarístico o de acción de gracias –el llamado prefacio³⁷; según el uso romano en este inicio no se recuerda toda la historia santa –como se hace en Oriente y se ha adoptado en la anáfora IV– sino que se escoge *una parte de la historia santa* –la que corresponde al misterio celebrado en un día determinado (Navidad, Epifanía, etc.) o a *alguna acción concreta de Dios a favor del hombre* (acciones divinas en un santo, en los fieles en un sacramento, etc.). Esta contemplación más delimitada termina, como en el caso anterior, con la evocación y presencia real de la maravilla del misterio pascual que culmina todas las acciones divinas a la que siguen los restantes elementos más secundarios –y probablemente más tardíos, de la anáfora.

Para vivir, pues, la Eucaristía *que nos dio el Señor*, en el centro de nuestra vivencia espiritual debemos poner la contemplación de las maravillas de Dios y la acción de gracias por las mismas. Podemos ciertamente ofrecer el Cuerpo y Sangre del Señor, unir nuestra vida a la del Señor que se

36 JUSTINO, *Apología*, caps. 65 y 67; Cf. RUIZ BUENO, o.c. págs. 256 y 258

37 Recordemos nuevamente que *prefacio* en su original latino *praefatio* no significa *introducción* sino proclamación pública y solemne.

ofrece, adorar su Cuerpo y Sangre verdaderamente presentes en el sacramento... pero el contenido y la motivación primordial ha de ser la obediencia al mandato del Señor que, después de haber dado gracias, nos mandó *Haced esto* (la acción de gracias que acababa de realizar) como *memorial mío* (en la que había añadido el embolismo de su muerte y resurrección).

11. Algunos consejos o sugerencias para celebrar mejor la Eucaristía como Acción de gracias

Terminemos estas reflexiones haciendo algunas sugerencias en torno a algunos detalles de la celebración en vistas a subrayar la Eucaristía como de Acción de gracias y a que su celebración resulte también subjetiva y espiritualmente lo más fiel posible al mandato del Señor.

Positivamente debe empezarse por subrayar que la liturgia eucarística empieza propiamente con el diálogo del prefacio y que, por tanto, todo lo anterior es simple preparación, no parte autónoma de la misa (no hay pues *una parte* de la misa que sea *el ofertorio*) En el momento que se pasa de la Oración sobre las ofrendas al inicio del prefacio debe haber un marcado cambio de tonalidad. Ha de notarse una gran diferencia al pasar del *Amén* de la oración sobre las ofrendas al *El Señor esté con vosotros* del inicio del prefacio.

El Misal da ya unas ciertas pistas a este respecto; pero éstas pistas se han de *recibir* y *vitalizar*, comunitaria y subjetivamente. Con la oración sobre las ofrendas, dice el Misal, *termina* la preparación de los dones (IGMR 53); con el diálogo del prefacio *empieza* el centro y culmen de la celebración (IGMR 54); sería consecuentemente un despropósito *cantar*, por ejemplo, la oración sobre las ofrendas y *recitar* el prefacio. El Misal recuerda también –sin especificar detalles– que “en los textos que han de pronunciarse en voz alta *la voz ha de responder a la índole del respectivo texto*” (IGMR 18) Si, pues, la Plegaria eucarística es *el centro y culminación de toda la celebración* (IGMR 54), resulta evidente que la voz con que se recita esta Plegaria ha de ser más solemne que la que se usa, por ejemplo, en las preces de preparación a la comunión que siguen a la anáfora.

Ha de procurarse también que el conjunto de la Plegaria eucarística

aparezca como una sola y única oración, la gran Acción de gracias que nos mandó celebrar el Señor –con sus matices de memorial y a la que se han añadido posteriormente, como hemos dicho, otros incisos de intercesión *derivados*, más o menos directa o indirectamente de la contemplación de las maravillas que se han recordado a lo largo de la anáfora– pero oración una en su conjunto. Que la Plegaria eucarística constituya una sola oración no significa, evidentemente, que en el interior de la misma no deban marcarse matices. Cantar, por ejemplo, ciertas partes y recitar otras, dar especial énfasis a las frases más importantes (las del relato de la cena especialmente) ayuda a interiorizar y vivir mejor la Plegaria. Pero la diferenciación debe hacerse, en todo caso, con criterios objetivos; *recitar*, por ejemplo, el prefacio y *cantar* la monición *Este es el sacramento de nuestra fe* es a todas luces un desequilibrio celebrativo³⁸.

La *posible*³⁹ repartición de las intercesiones entre los diversos concelebrantes es otro punto que debe velarse para que no excluya la unidad de la Plegaria eucarística. Estas intercesiones son ciertamente parte de la anáfora, pero son una parte secundaria y como tal deben aparecer. Otro detalle: en principio es quizá mejor que el concelebrante que las recita no se acerque para hacerlo al altar –él no es un nuevo presidente en la mesa– sino que lo haga desde su lugar, cercano al altar, pero algún tanto distante del mismo (IGRM 167).⁴⁰

Otra sugerencia que hace el misal –ciertamente creemos que esta posibilidad no debe usarse con frecuencia– es la de intercalar una breve

38 Hemos oído decir a veces que resulta importante *cantar* siempre esta monición en vistas a que el pueblo *cante* también la aclamación que sigue; pensamos que no es difícil, si se explica, lograr que el pueblo cante la aclamación aunque la monición sea rezada. ¿No se canta con frecuencia el *Santo* aunque el celebrante haya recitado el prefacio?

39 Decimos *posible* porque el Misal deja al arbitrio del que preside recitar personalmente toda la anáfora o dejar algunas partes secundarias a los concelebrantes.

40 El Misal dice que los concelebrantes “terminados los ritos del Ofertorio se disponen en pie alrededor del altar, de tal modo que no impiden la ejecución de los ritos... y no cerrando el paso al diácono, cuando por razón de su ministerio debe acercarse al altar”. Entre el celebrante, principal y la “corona de concelebrantes” debe haber por tanto una cierta distancia que permita al diácono acercarse cómodamente a la mesa y que ayude a destacar que el celebrante principal es el que *representa* al Señor.

monición entre la Oración sobre las ofrendas y el inicio del Prefacio (IGMR 11); en casos excepcionales una breve monición de este tipo por una parte puede ayudar a que se interiorice la Plegaria eucarística como acción de gracias por algún hecho concreto de la historia santa contemplada en aquel día⁴¹ y por otra, marca muy fuertemente que, con el prefacio, empieza una parte importante y diversa de la misa⁴².

Negativamente debe velarse para que la misa en su vertiente central de Acción de gracias no quede obnubilada por otros ritos secundarios ejecutados con excesivo realce; ello significaría que no quedarían suficientemente destacadas las dos partes fundamentales de la misa: Liturgia de la Palabra y Acción de gracias. El Acto penitencial, por ejemplo, el Kyrie y sobre todo el conjunto de ritos y fórmulas de la preparación de las ofrendas nunca deberían recitarse con el mismo tono de voz que la Plegaria eucarística pues ofuscarían la primacía de las dos acciones centrales de la celebración⁴³. También hacer de la elevación de las especies consagradas como un paréntesis de adoración en el interior de la Plegaria eucarística puede desvirtuar el sentido de la misa como *Acción de gracias* contemplativa de la historia santa⁴⁴.

PEDRO FARNÉS
(Barcelona)

41 Especialmente cuando el prefacio es propio o cuando el motivo de la celebración resulta extraordinario para la asamblea concreta (v. gr.: en una misa exequial *dar gracias* ante la muerte, porque en Cristo la muerte que entristece a los congregados ya ha sido inicialmente destruida).

42 Cuando no hay monición unos breves acordes o un breve silencio entre la oración sobre las ofrendas y el prefacio pueden también marcar el inicio de una nueva parte de la misa.

43 El Misal presenta también detalles que sugieren esta sobriedad en los ritos secundarios: así la norma de que durante los ritos de preparación del altar –incluido el diálogo del *Orad, hermanos* y con la única excepción de la Oración sobre las ofrendas– los fieles permanezcan sentados (IGMR 21), la de que las oraciones de esta parte de la misa se digan en voz secreta (excepto el *Orad, hermanos*, la Oración sobre las ofrendas y excepcionalmente las fórmulas de presentación del pan y del vino). En el contexto de austeridad de los ritos secundarios hubiéramos preferido que no se recomendara la procesión de las ofrendas (IGMR 49), un rito añadido –que ciertamente no viene del Señor– y que en cierta manera puede ofuscar el sentido de la Eucaristía como Acción de gracias.

44 Cf *Liturgia y Espiritualidad* 29 (1998) 303ss.